

ción Rubén-Miró. Sólo interesa la derivación, la filiación neo-modernista del escritor levantino, y ésta me parece evidente.

Todo ese mundo un poco perverso y morboso, blando y denso, levítico e intensamente sensual de la Oleza mironiana es el soporte inevitable —¿podría imaginarse otro?— del mundo expresivo que lo recubre y descubre a la vez.

Y lo mismo cabría decir de *Las cerezas del cementerio* o de cualquier otro relato específica y significativamente mironiano, en donde siempre podrá comprobarse cómo no cabría imaginar tal despliegue expresivo y plástico, sin un contenido adecuado. Es el mismo caso de las *Sonatas* valleinclanescas, perfectas en su adecuación temático-expresiva. Piénsese en el desajuste que supondría un tema como los de esas obras de Miró o de Valle-Inclán narrado por un Baroja, o uno de éste, transportado a la clave estilística de los otros escritores.

Esta, de la adecuación, es quizás una vieja y perogrullesca lección de preceptiva literaria que, sin embargo, conviene recordar a veces. Los injertos pueden resultar peligrosos, y es conveniente tener puleramente apartado —valga el ejemplo— a Stendhal de los Goncourt o aun de Flaubert. Entre las grandes equivocaciones de Blasco Ibáñez, pienso que tal vez habría que contar ésta: que quiso ser, a la vez, un Maupassant, un Zola y un Flaubert. De la seca intensidad, casi maupassantiana, de relatos tan espléndidos como *Las plumas del caburé* o *El préstamo de la difunta*, a los *pastiches* del tipo de *Sónnica*, *la cortesana* hay todo un abismo de peligroso salto.

PROUST Y MIRO

Y tras ésto, forzoso es regresar al punto de partida suscitador de tal digresión.

La adecuación temático-expresiva que se advierte en Miró no significa que sus llamadas novelas nos atraigan por el interés de sus tramas o por la psicología de sus personajes, sino más bien por la calidad del ambiente, por el mismo perfil plástico de los personajes, por lo depuradamente preciosista de hechos y acciones.

